

January 1971

Funciones y perspectivas del profesor de filosofía y letras en la sociedad colombiana

Fernando Caro Molina

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Caro Molina, F. (1971). Funciones y perspectivas del profesor de filosofía y letras en la sociedad colombiana. *Revista de la Universidad de La Salle*, (1), 35-41.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

FUNCIONES Y PERSPECTIVAS DEL PROFESOR DE FILOSOFIA Y LETRAS EN LA SOCIEDAD COLOMBIANA

FERNANDO CARO MOLINA

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de La Salle.

Como Decano de una Facultad de Filosofía y Letras, como profesor dedicado a la docencia de las Humanidades en diferentes centros del país, como investigador y como académico me he encontrado a menudo con el seno de fuertes contradicciones entre el saber y la práctica, o más claro aún: entre lo que uno quería y podía ofrecer a la sociedad y lo que ésta, a partir de sus estructuras concretas le solicitaba. El contraste entre estas oposiciones ha dado como resultante un vacío, que por persistente, ha tendido con el tiempo a ahondarse y, en la misma medida a hacerse más conciente de sus raíces y de sus fallas. Y conste que no quiero expresarme solamente a título personal, lo que tendría un valor relativo, sino que creo hacerme portavoz de un problema; problema que atañe igualmente a mis colegas profesionales y, a todos aquellos, que están en trance de serlo y, que se verán tarde o temprano abocados a idéntica frustración.

¿Cuáles son las raíces de este problema? ¿Cuáles nuestras fallas? ¿Cuáles fallas de la sociedad? No se me oculta que la respuesta a estas preguntas es hartó compleja, pero, sin embargo intentaré trazar lo que a mi modo de ver constituye las líneas más generales del problema y, ya que el tiempo de que dispongo para mi propósito, es mínimo, espero que sepan llenar ustedes con su indulgencia, las fallas de mi planteamiento.

No me cabe la menor duda de que la sociedad colombiana en su conjunto está viviendo una alternativa histórica crucial. Alternativa esta que en gran medida está superando un cierto anacronismo histórico, cuyas raíces estaban asentadas en el siglo pasado, anacronismo que era el resultante de una economía fundamentalmente agraria, y que está en trance de desaparecer o de modificarse sustancialmente, sigue cobijando una ideología, unas formas culturales, un modo de producción de la cultura, que en modo alguno corresponden a la nueva realidad socioeconómica del país. Ahora bien, el resultado del

proceso industrial así como la fisonomía del mismo, ha cambiado en los últimos veinte años. Veamos: nuevas clases sociales han emergido, el crecimiento urbano ha dado al traste con el aire provinciano de nuestras ciudades, la oposición campo/ciudad se ha hecho presente y radicalizado en estos lustros, nuevas perspectivas se le han presentado al país en el plano internacional y el aislamiento nacional ha sido barrido de un violento plumazo. Todos estos fenómenos empezaron con síntomas, y constituyen un agudo problema en la actualidad, pues, pueden resultar angustiosos en breve, si no sabemos tomarles el diagnóstico, si no los asumimos a tiempo. Es decir, cuando aún es posible la reflexión. Pero, si esta conciencia atañe a todos los colombianos, atañe de un modo especial a todos aquellos cuya función fundamental es pensar, pero pensar no a la manera repetitiva, o sea, a la que habitualmente estábamos acostumbrados, sino en forma contraria, esto es, de un modo creativo, productor de inquietudes y de soluciones, creador de ciencia, con ello me refiero a "los amigos de la sabiduría", a los filósofos.

Pero cabe preguntar: ¿Qué nos ha ocurrido, para que el proceso histórico no nos haya contaminado, para que sigamos indemnes a través de esta magna convulsión histórica? Simplemente de una parte, nos hemos quedado sentados y de otra, se nos ha obligado a ello a la par, en nuestras cátedras, explicando un saber adquirido, inmóvil, mientras el mundo cambiaba, un saber, que ya no es saber, pues es una repetición, donde la inquietud, el problema, lo nuevo, quedaban descartados. Somos profesores y lo que se espera de nosotros es que repitamos un texto manoseado y arcaico para que nuestros aprendices, lo repitan más tarde y así los aprendices de nuestros aprendices, hasta la saciedad. Se nos pide que seamos los titulares de un saber repetitivo, como tal invariable. Se nos solicita que seamos puros, de una pureza enferma en la que la vida, el hombre, la sociedad, quedan por fuera. Pero desafortunadamente no surge ninguna pregunta, ninguna protesta y por lo tanto, ninguna posibilidad de construir. Y he aquí, señores, un error que podría perpetuarse malignamente, pero un error acerca del cual, muchos de nosotros hemos tomado conciencia de que es preciso derribarlo. Quizás, comenzamos sintiendo la frustración, luego la analizamos, más tarde vinieron nuestros propios alumnos a reclamárnoslo, es hora de que lo confesemos en voz alta para derribarlo y es hora de que esta confesión sea atendida por los legatarios del poder, para que con su buena voluntad, de la que no dudamos, pongan los medios a su alcance para subsanarlo.

Trazando un esquema que resuma lo anteriormente dicho, podemos afirmar que existe una contradicción muy fuerte entre la nueva sociedad colombiana, que día a día tiende a ser más una sociedad urbana e industrial, y a la estructura de la Universidad, que en su mayor parte ha permanecido estática. En el centro del conflicto, se encuentra todo el cuerpo universitario: directivas, profesores, alumnos desgastados por el número mientras no se polaricen debidamente hacia la nueva tendencia, mientras no se incorporen abiertamente

a las nuevas formas de producción, tanto económica como científica, mientras no asuman de un modo consciente la enorme tarea del cambio social, que es la puerta del futuro de nuestro país.

¿Cómo realizar este propósito? ¿Cómo situarse en la nueva perspectiva? Sin duda que es una tarea ardua, que depende no solamente de que nosotros, los universitarios de todas las categorías, la sintamos y la concienticemos, sino que depende de que nuestra inquietud sea llevada al seno mismo de la sociedad, para que a su vez, ella no solamente no se interponga ante nosotros, sino que nos reclame tan fundamental tarea.

Esta reciprocidad en el exigencia por una tarea común, tiene sin duda que ser fructífera, pues habrá de impedir que una de las partes se quede dormitando. Solamente en el marco de la colaboración, del estímulo, del reclamo, se puede llegar a resultados concretos, de los que tan urgidos estamos. No van a ser dos partes en lucha que pugnen por deshacerse la una de la otra. Aquí no hay vencedores y vencidos al mismo tiempo, pues solo puede haber vencedores o vencidos.

Es una sola la alternativa. Ahora bien, la especificidad de la tarea que a cada parte corresponde es relativamente distinta. La universidad, por su parte, y este es el terreno en que hoy queremos desenvolvernos, debe plantearse ante todo la necesidad de cambiar su estructura y su fisonomía, pero su plantamiento debe ser en principio muy bien pensado: Seminarios, encuentros a todos los niveles, entre todas las facultades, deben ser promovidos constantemente, en el seno de cada una de las universidades para más tarde intercambiar los resultados con otras universidades y, una vez sistematizados, llevarlos al ejecutivo, darlos a conocer a la opinión pública, urgirlos para su puesta en marcha.

Pero ciñámonos a la Facultad de Filosofía y Letras, por ser este terreno más de mi competencia. De entre las Facultades que cobijan las distintas carreras universitarias, quizás sea la nuestra la que vive en grado de alienación más intenso, y esto en todos los niveles.

Por lo tanto voy a intentar, desarrollar la afirmación que acabo de formular. Considérese que por una parte, el contenido de nuestra carrera en relación con los de otras, se mueve en un grado de teorización más intenso, lo que hace que, para aquellos que interpretan groseramente la teoría, signifique que los profesionales de Filosofía y Letras estamos más alejados de la realidad, ya que los frutos, o sea la práctica, que debiera derivarse de nuestro contenido no se dan de una manera tan inmediata, como pongamos por caso, los que se derivan de las Ciencias de la Naturaleza, y menos aún, de las llamadas carreras técnicas.

Pero los que así juzgan a los profesionales de Filosofía y Letras o a los futuros egresados de Filosofía y Letras confunden, según me parece, teoría con abstracción. No es que vayamos a negar que la teoría no requiera un grado de abstracción específicamente intensa

y a veces sutil, pero para llegar a la misma de un modo científico, se necesita la puesta en marcha de una auténtica racionalización de todos los procesos derivados de la práctica y que, experimentados, deben ser formulados en conceptos más generales, esto es en leyes; leyes que nos permitan ver las relaciones entre los distintos dominios de lo real.

Se necesita, pues, una teoría que nos de una concepción del mundo, única manera, a partir de la cual podemos dirigir los procesos particulares.

Pero sin embargo, no será más bien, que algunos tienen miedo a la teoría por cuanto ella implica la comprensión de los procesos y en nuestro caso, el sujeto de la historia, que no es otro que el hombre, y que dicha comprensión, inexorablemente habrá de señalar lo que de negativo se encuentre en el cuerpo social, lo que a su vez hará urgente el cambio y, por lo tanto, señalará acusadoramente a los detentadores de los mismos. Esta conciencia vigilante es desde luego temida por muchos.

¿Cómo se le extirpa? ¿Cómo se impide su desarrollo? En primer lugar "congelando los procesos cognoscitivos", petrificando una conciencia que no interviene directa y aparentemente en los modos de producción, o lo que es lo mismo enclaustrando la ciencia, convirtiéndola en dogma, e impidiendo que las modernas filosofías y métodos penetren en ese conocimiento inmóvil y ahistórico. Mas no basta con eso, sino que a los cultores y legatarios del pensar, en este caso concreto a los profesionales de Filosofía y Letras, se les determinan los límites en los cuales moverse: Usted va a enseñar este programa, de tal hora a tal hora. No salga a la calle, no establezca el diálogo, déjese de preguntas y no se deje preguntar, ejerza ante todo el principio de autoridad, así vaya contra toda razón.

Dado el aceptamiento y sumisión de este programa, se le premia con los más bajos niveles económicos que se conocen en el campo profesional y, se le carga de horas, forma esta que lo aleja del campo de la investigación, pues, por atender las horas cátedras no puede dedicarse a la investigación, ni al ocio creador.

Pero hay algo más: para colmar tan idílico cuadro se le desprecia, pues no produce nada y, quien ostenta una profesión que no produce en la sociedad utilitarista, pocos derechos tiene y menos, el derecho al aprecio. Estadísticamente, este es un método típico del positivismo, en que nuestras sociedades se mueven y en el cual ocupamos un rango muy bajo y, con arreglo al mismo, se nos paga.

Pero, éste, es un punto de partida vicioso, pues de inmediato continúa y deteriora al alumnado, que consciente o inconscientemente resiente las condiciones en que se desenvuelve el catedrático, y que tácitamente acepta un futuro sumiso. Por todo ello, al niño y al adolescente, se le enseña a escoger carreras más prácticas, de las que aportan buenos e inmediatos dividendos a sus cultores, haciendo

omisión absoluta de las capacidades personales, de las inclinaciones y del vacío histórico que se promueve para el futuro del país. O bien se hace creer a quien sigue la carrera de Filosofía y Letras que hay que ser inútil y poco dotado, para hacer tal y, por lo tanto, se le hace adquirir una conciencia del escaso propio mérito.

Visto lo anterior y a grandes rasgos hemos de llegar a la conclusión de que se necesita una gran vocación, para estudiar Filosofía y Letras, con verdadera sinceridad, o hay que sentirse muy poca cosa y seguir viciando el sistema.

¿Cómo subsanar estos males? ¿Cómo combatir esta terrible desorientación y dar a nuestros educandos, una conciencia de su auténtica valía y de su perspectiva histórica?

Mucho podríamos decir al respecto, pero nos atreveremos solamente a trazar aquellos lineamientos más urgentes, por inequívocos al objeto de modificar este estado de cosas.

Primero que todo, se requiere una modificación a fondo de los programas de las Facultades de Filosofía y Letras, cosa que solo puede lograrse desde la perspectiva científica más moderna, así pueda parecer arriesgado a muchos, porque quien no arriesga, nada puede conseguir. Ahora bien: La Facultad de Filosofía y Letras de La Salle, ha venido en sucesivas etapas, a partir de su fundación, atendiendo a este objetivo y perfeccionando su contenido, hasta llegar a la fase que ahora formalmente anunciamos, para su puesta en marcha el semestre entrante, en la cual nuestros educandos tendrán una formación más completa y coherente, que hasta el presente, al integrar estructuralmente los dominios de las Ciencias Humanas en la fase más actual de su desarrollo científico.

En este sentido la declaración de principios de nuestra Facultad es esclarecedora de lo que venimos manifestando, pues en ella se expresa que "el desarrollo vertiginoso de la técnica, su omnipresencia en la sociedad contemporánea, sus éxitos y su forma de razonamiento parecerían haber relegado a la Filosofía una posición meramente decorativa, anodina e inoficiosa. Sin embargo, las transformaciones de las ciencias y técnicas, antes que haber reducido a la Filosofía a un saber anacrónico han incidido decisivamente en su propia transformación. Esto significa que, actualmente, la Filosofía se ha convertido en "la posibilidad de inteligibilidad de la ciencia". Además, en ninguna época como esta se ha hecho tan evidente la función crítica de la filosofía, no solamente en el terreno epistemológico sino en el social. Para atender a estas modificaciones la Facultad de Filosofía y Letras, se ha propuesto suministrar a los estudiantes los instrumentos claves para el acceso a las Ciencias Humanas y a las Ciencias naturales: la Lingüística, la Matemática, el Psicoanálisis, la Física, la Lógica Simbólica y la Historia. Por otra parte el trabajo en Seminarios —con la posibilidad y libertad de utilizar en sus fuentes las diversas corrientes del pensamiento filosófico— busca conducir al estudiante al verdadero terreno del conocimiento "la Investigación".

Creemos pues no haber errado en el camino iniciado y en las perspectivas que ofrecemos a nuestros estudiantes, prueba de lo cual son las diferentes mejoras introducidas periódicamente en la programación de la Facultad hasta lograr el curriculum actual que es el siguiente:

I y II Semestres

- I — Introducción a la filosofía
- II — Introducción a la Historia
- III — Teoría Literaria
- IV — Introducción al Psicoanálisis
- V — Lógica Simbólica
- VI — Fundamentos básicos de las Matemáticas

III y IV Semestres

- I — Filosofía Clásica (Seminario)
- II — Historia Antigua (Grecia y Roma)
- III — Lingüística
- IV — Literatura Clásica
- V — Psicoanálisis y Ciencias Humanas
- VI — Fundamentos básicos de la Física

V y VI Semestres

- I — Filosofía Moderna
- II — Literatura (Seminario sobre el Quijote)
- III — Lingüística y Ciencias Humanas
- IV — Historia Medieval — Moderna y Contemporánea
- V — Introducción a la Filosofía de la Ciencia

VII y VIII Semestres

- I — Filosofía Contemporánea
- II — Literatura Contemporánea
- III — Historia de América y Colombia
- IV — Filosofía de la Ciencia
- V — Antropología Cultural

Pero no vamos a contemplar estos aspectos unilateralmente, sino que vamos a confrontarlos, estableciendo las relaciones que entre todos ellos pueden derivarse, y desde dentro de cada uno en particular enfrentando en los Seminarios y en la investigación las distintas posiciones teóricas e ideológicas del mundo contemporáneo, no para decir

que esta es buena y aquella es mala, sino para enriquecer en un mestizaje fecundo, lo que puede haber de positivo en cada una de ellas y llevarlo así al seno de la sociedad colombiana.

Ahora bien: en primer lugar, a los profesionales de nuestra Facultad les preocupan nuestros propios problemas, que sabemos que no son de un modo absoluto nuestros solamente, sino compartidos en algunos casos por otras sociedades, más generales en otras ocasiones, pero desprendiendo siempre que ello sea posible las particularidades concretas que atañen al hombre y a la sociedad colombiana.

Y por eso como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Salle, creo firmemente que el conocimiento de nuestra problemática estará indisolublemente ligado a la necesidad de que todos nuestros egresados intervengan en ella, para modificarla y mejorarla, porque hay algo que no se nos oculta por un solo instante, y es que no basta comprender al mundo, función esta que para muchos y, en el mejor de los casos, debe ser la del pensador, sino que hay que modificarlo más justo, más benevolente, más fraternalmente nuestro.

Por eso el Decano, los catedráticos y los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Salle nos ofrecemos de todo corazón a esa tarea, en la que pondremos nuestro empeño, nuestra inteligencia, nuestro sentimiento. Pero exigimos de nuestra parte que se nos permita hacerlo, propiciando la investigación en nuestros centros, que se permita a nuestros profesionales y a nuestros egresados frutos el poder participar en tareas distintas, no solo en las de la educación dentro de un plan horario, sino también en tareas de gobierno, en las tareas sociales, en los campos, en los barrios, en los centros urbanos, en las instituciones.

Sólo en último lugar queremos pedir que se estudie y se comprenda, por parte de la sociedad colombiana, la importancia y la grandeza de la profesión de Filosofía y Letras y, por lo tanto, al tomar conciencia nuestra sociedad de que esta carrera no se encuentra en condiciones de inferioridad frente a las denominadas carreras técnicas, se nos brinde el desahogo necesario, para incorporarnos a la tarea de poder construir una Colombia más pujante y más de todos los colombianos al poder participar el profesional de Filosofía y Letras en todos los puestos que la sociedad colombiana ofrece. Pues, el profesional de Filosofía y Letras, es el único profesional que sabe y conoce a fondo la Filosofía que sostiene y necesita cada una de las diferentes carreras, con lo cual se demuestra, que no puede existir ninguna carrera técnica sin que para su avance se apoye en una Filosofía de la Ciencia. Y a la vez, tanto el individuo como la sociedad, si desean lograr un desarrollo integral de la persona humana deben apoyarse en una recta filosofía. En conclusión: La Sociedad Colombiana no puede prescindir en ninguna de sus posiciones del profesional de Filosofía y Letras, en razón de que esta es la única carrera que vela básicamente por el bien del hombre.